

ENCUBIERTO

UNA AVENTURA DE ACCIÓN Y SUSPENSE DE MAX CORNELL



ADRIÁN Y MIGUEL

ARAGÓN

Max Cornell trabaja en esta ocasión como infiltrado para la DEA. ¿Su misión? Descubrir quién es el topo que impide que la operación Oro Rojo tenga éxito. Para ello debe hacerse pasar por un esbirro del Tuerto, el mayor traficante de drogas colombiano del momento. Max viajará a Miami, donde caerá bajo el hechizo de Malena, la sobrina del Tuerto. Asesinatos sin explicación, lluvias torrenciales, escenas llenas de acción y una trama urdida para engañarle, harán que Max se encuentre a un solo paso de la muerte.

ENCUBIERTO

Adrián Aragón y Miguel Aragón

Capítulo 1

Martina caminaba con energía a pesar de haber permanecido toda la noche de guardia. Había dos cosas que le gustaban especialmente: salir a la calle tras más de diez horas confinada entre los muros del hogar para la tercera edad en el que trabajaba, y sentir las gotas de lluvia resbalar por su rostro.

Miami la había adoptado después de una vida fría y árida en Minnesota, uno de los estados del norte. Allí no se podía pasear más que durante unos pocos meses al año. Florida era otra cosa. Por eso Martina seguía a pies juntillas la regla de caminar a todas partes. Por lo que a ella respectaba, era un crimen no aprovechar el buen tiempo y la salud. Excepto cuando tenía prisa o el terreno no era transitable.

Llevaba una semana lloviendo a diario, así que pronto tendría que coger el coche. A los caminos de tierra batida que la llevaban desde su trabajo hasta el Aeropuerto Ejecutivo de Fort Lauderdale no les daba tiempo a secarse entre tormenta y tormenta. Lo mismo pasaba con la ropa sucia. Si seguía mojando zapatillas de deporte y pantalones de uniforme, pronto no tendría con qué ir a trabajar. Así que aquel sería el último día en que diera su paseo matutino hasta que las lluvias torrenciales cesasen.

Le daba pena pensar que dejaría de ver los aviones durante unos días. Le encantaba contemplar los aterrizajes y despegues de aquellos *jets* privados y de los vuelos oficiales. El Aeropuerto Ejecutivo, más pequeño y tranquilo que

el Internacional, varios kilómetros al este, le daba la oportunidad de imaginar truculentas escenas de espías. En todas estas, una detective, negra y con el pelo rizado como ella, resolvía casos que salvaban a la humanidad de caer en las garras de infames grupos terroristas.

La lluvia la privaría de aquel pequeño *hobby* inofensivo por algún tiempo, sí. Pero esa mañana aprovecharía su imaginación para inventarse una historia de las que luego le gustaba contar. A su amiga Tracy le encantaba oírla mientras comían. Se le dilataban las pupilas como a los niños pequeños cuando oían cuentos de hadas y aparecían las brujas o los gigantes.

A la altura de la Calle 21 con Cypress Creek Road vio algo que le dio alas a su inspiración. Tres figuras, parecían hombres, estaban sentadas en un banco. Los tres permanecían completamente inmóviles. Quizá estaban drogados. Sí, mejor pensar que se habían drogado hasta la inconsciencia a pensar que estaban muertos.

A medida que se acercaba al banco, Martina dejó de buscar una explicación para lo que veía. Los tres hombres no habían movido ni un solo músculo desde que los descubrió. Nada, ni un cruce de piernas. Ni siquiera se habían quitado el agua de lluvia de la cara. Y llovía con ganas esa mañana.

Echó mano al bolso, donde guardaba su teléfono móvil, por si tenía que llamar a la policía. Deseaba no tener que hacerlo, pero aquello no pintaba bien. Recorrió los últimos pasos en tensión. Se le olvidó imaginarse que en sus fantasías ella era una aguerrida detective que se topaba con escenas como aquella a diario. De hecho, sus fantasías se encontraban en un lugar tan retirado de su mente en aquel momento que cuando estuvo lo bastante cerca de los tres cadáveres cayó de rodillas y gritó. Gritó tan fuerte que el sonido reverberó en los edificios circundantes.

Al caer apartó la mirada, por tanto, se libró de quedar marcada para siempre por los detalles. No vio que los tres

hombres tenían un aspecto muy parecido. Se trataba de individuos completamente vulgares, de complexión media, pelo oscuro y edades que rondaban la treintena. Todos vestían con trajes baratos. Si hubiera tenido oportunidad de examinar los cuerpos, Martina habría visto que no parecían civiles. Demasiados iguales los peinados, el tipo de zapatos, el color de las americanas.

De todas formas, nada de eso llamaba de verdad la atención. Lo que la policía forense y los técnicos de urgencias anotaron en sus informes periciales y en sus partes de trabajo fue que los tres cadáveres tenían los ojos abiertos. Como si una horrenda aparición los hubiera congelado así. Los tres cuellos fueron abiertos con objetos afilados. Ahí se encontraba la causa de la muerte: pérdida masiva de sangre a través de la vena yugular. Las camisas ensangrentadas se habían oscurecido, aunque la lluvia impidió que la sangre tomase el color ocre que la caracterizaba una vez seca.

Los torsos, más limpios de lo que hubiera correspondido, también por efecto de la lluvia caliente y constante, daban un mensaje imposible de ignorar. Con trazos precisos que evitaban las líneas curvas, cada uno de los cuerpos mostraba una letra. Cuatro cortes formaban la letra «R» en el vientre del primer occiso. Tres dibujaban una «U» en el segundo, y otros tres cortes cerraban la orden, o la sugerencia, en el tercer cuerpo con una «N». El mensaje era *RUN*: corre.

Pero ninguno de aquellos hombres correría.

No se encontraron pistas determinantes en el escenario, más allá del hecho de que los asesinatos no se cometieron allí. No había salpicaduras de sangre ni charcos que mostrasen que las víctimas se habían desangrado en aquel banco. El único resto rojizo bajaba en hilillos de las heridas abiertas, que parecían más recientes debido al agua que no dejaba de correr.

Los cuerpos desaparecieron en el interior de ambulancias que mantenían encendidas las luces, pero cuyas alar-

mas permanecían apagadas. No valía la pena dar la voz de alarma. Nadie podía salvar ya a aquellos tres hombres.

Martina dejó que la cubrieran con una manta térmica de textura fría pero tacto cálido. Una de aquellas de tejido metálico que siempre le habían recordado al papel de aluminio con que se tapaban las sobras. Se sentía un poco así, sobrante. No lo pensó de manera consciente, pero supo de inmediato que jamás volvería a idear una historia de detectives. Imaginar el horror tenía poco que ver con encontrárselo de cara. A partir de entonces debería aprender a dormir sin pesadillas. Si es que aquello se podía aprender.

Capítulo 2

Abney procuraba no sonreír. Sobre todo porque no había ningún motivo para ello. El jefe de Operaciones, Goodward, lo había llamado a su despacho y ni siquiera se tomó la molestia de gritarle. De hecho, en una circunstancia como aquella, lo normal habría sido que la oficina se convirtiera en un caos de actividad. Aquello era lo que pasaba siempre que aparecía un cadáver inesperado cerca de su cuartel general.

El agente especial se peinó el cabello hacia atrás con los dedos. Un gesto que mostraba cierto cansancio entretejido de preocupación. Una cana se le enredó en el anillo de bodas.

Esperaba que el jefe Goodward le dijera algo, pero no quería parecer ansioso, así que echó un vistazo a la oficina. Incluso con las persianas venecianas de un gris metálico a medio cerrar se veía la diferencia entre un cadáver aleatorio y tres agentes muertos con un mensaje grabado a cuchillo.

Los agentes estaban pegados a sus escritorios. Los teléfonos solo sonaban una vez y se contestaban enseguida, con la presteza de quien espera recibir buenas noticias. O, en ese caso, con la desesperación de necesitar oír información relevante. Los rostros de sus compañeros oscilaban entre el gris ceniciento y el amarillo enfermo. Los tres agentes muertos tenían amigos en la agencia. O, al menos, conocidos con quienes salir a tomar una cerveza después del trabajo. Él los conocía a los tres. Aunque Abney procuraba no mostrar demasiado afecto por nadie. Su carácter jovial es-

condía la experiencia de toda una carrera en la DEA. Allí el trabajo te mataba.

—¿Qué cojones estás mirando, Abney? Te he llamado para que me expliques por qué tengo tres cadáveres en el depósito, no para que te quedes mirando al infinito como un imbécil.

Aquella no era la manera que Abney habría escogido para comenzar la conversación, pero al menos el jefe había roto el silencio, y eso era mejor que nada.

Lo miró con interés. En primer lugar porque quería darse cuenta de lo inapropiado de sus palabras. Mirar al vacío era precisamente lo que hacían los tres hombres cuando Martina Higgins los encontró.

—¡Mierda! —masculló el jefe. Abney supuso que se había dado cuenta de la metedura de pata.

Goodward era un tipo inmenso. Los muslos se le derramaban a ambos lados de la silla de trabajo y tenía una doble papada que le temblaba cuando se enfadaba. En ese momento le temblaba muchísimo. Su perímetro abdominal hacía que no pudiese escribir con comodidad sobre la mesa. Siempre levantaba un portafolios y firmaba sus órdenes en vertical. De todos modos, su aspecto no minaba en absoluto su autoridad. Era un tipo inteligente, de ingenio rápido y, sobre todo, justo.

—Oro Rojo —dijo Abney—. Los tres agentes formaban parte de la operación. Aunque seguro que eso lo dice el informe.

Goodward tamborileaba los dedos sobre una carpeta apenas cerrada. Los papeles parecían pugnar por salir de allí. Muchos de ellos fueron redactados por el propio Abney. O había encargado su redacción a algún miembro de su equipo.

—Sí, Oro Rojo. Yo diría que la operación es un auténtico fracaso. Tres agentes muertos, ni un solo avance. La droga colombiana de los Cortés se mueve por Miami como por el salón de su casa. Y, lo mejor de todo, esta mierda de aquí.

—Dio un golpe sobre la carpeta y el ruido hizo que las cabezas de algunos agentes se levantaran en su dirección desde el otro lado de los vidrios de la oficina. No tardaron en volver al trabajo—. Esto de aquí es todo lo que nos queda de la maldita operación.

Eso era algo que Abney no se esperaba. Llevaban meses, casi un año poniéndoles cerco a los Cortés. Habían identificado a la mayor parte de los capitanes de primer nivel. También conocían a buena parte de los distribuidores de poca monta. La documentación que generaba un caso así no era algo que uno pudiera sacar por la puerta principal cuando fichaba. Ni mucho menos. Woodward estaba hablando de la desaparición de un gran número de cajas de papel.

—¿Y los archivos digitales?

Goodward resopló. A su espalda, la lluvia golpeaba los cristales con la misma fuerza de los últimos días. Miami era una ciudad que vivía al sol. Aquellas tormentas inacabables la convertían en un lugar deprimente.

—Si no hubieran desaparecido también, ¿no cree que yo parecería menos a punto de sufrir un infarto?

Abney no respondió.

—Necesito saber qué ha pasado aquí. Es evidente que tenemos un topo. No se me ocurre otra forma de que la información sobre nuestros hombres se pueda haber filtrado. No muchos la conocíamos.

—Eso son buenas y malas noticias al mismo tiempo, jefe —aventuró Abney.

Goodward asintió con un gesto de la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Por una parte, el abanico de sospechosos se reduce notablemente. Por otra, esos sospechosos pueden hacer mucho más daño del que ya han hecho hasta ahora. Sea quien sea el traidor, tiene acceso a un nivel de información muy alto.

Abney echó un nuevo vistazo a los hombres y mujeres que trabajaban más allá de los vidrios del despacho. A sim-

ple vista todos parecían igualmente comprometidos con la búsqueda de los asesinos de sus compañeros. Sin embargo, cualquiera de ellos podría estar implicado en ellos. La sola idea le revolvió el estómago. Y eso que Abney era un hombre conocido por su actitud positiva y más bien optimista. Woodward parecía estar leyéndole el pensamiento.

—No son ellos los que deben preocuparnos —dijo—. Ninguno de esos agentes tenía acceso a la documentación física o a la digital. Eso es lo que me saca de mis casillas. Solo ha podido filtrar la información una de las personas de las que depende mi cargo.

Esta vez le tocó a Abney el turno de asentir sin mediar palabra.

—No podemos investigarlo nosotros.

—También estoy de acuerdo con eso. Para llevar a cabo una investigación en toda regla deberíamos alertar al topo. Hay que traer a alguien de fuera.

—¿Tenemos presupuesto para eso?

Abney sabía que la respuesta era no. No es que conociera al dedillo la situación financiera de la agencia, pero sí sabía que la lucha antidroga había pasado a un segundo plano con el auge del terrorismo islámico. Otras agencias gubernamentales disfrutaban del privilegio de poder contratar personal externo.

—Aunque lo tuviéramos, que no es el caso, no podríamos usarlo. El topo se enteraría y estaría sobre aviso.

—Puede que yo tenga un contacto, jefe. Pero...

Goodward arqueó las cejas en un gesto de absoluta sorpresa. Abney comprendía la reacción. Todos lo conocían porque era un buen agente. También sabían del dinero que atesoraba su familia. Les gustaba invitarlo a fiestas familiares porque siempre llevaba la mejor cerveza y un buen regalo para los anfitriones. Abney era, desde cualquier punto de vista, el vecino y compañero de trabajo perfecto.

—Prefiero que no me lo diga.

Abney sonrió.

—No le tenía por un hombre tan... prudente.

—Si lo que está pensando es que temo irme de la lengua, se equivoca Abney. Voy a confiar en usted para que sea la única persona que sepa quién es su contacto externo. Así, si esta pequeña operación de identificación falla, ya sabré de quién ha sido la culpa. No, no quiero saber quién es su contacto. Así no estaré en el punto de mira.

Abney tenía que reconocer que el jefe era un tipo con arrestos. Por una parte, acababa de darle carta blanca para llevar a cabo una operación encubierta que, si saltaba por los aires, solo le incriminaría a él. Por otra parte, si la operación tenía éxito, nadie lo felicitaría.

—De acuerdo, jefe.

—Lárguese de aquí y no vuelva hasta que tenga una respuesta. Y cuando le digo que no vuelva, no me refiero solo a mi despacho. También a la oficina. Usted será, a todos los efectos, la persona encargada de llevar a cabo la investigación de los tres asesinatos.

Eso ya no le pareció tan loable a Abney, que frunció el ceño, preocupado.

—Sí, sé que eso le pone en peligro directo. Procure que sea ese contacto suyo el que se arriesgue. No hay nada más que yo pueda ofrecerle.

—Una cosa más, jefe.

Goodward no dijo nada. Se limitó a esperar que su subordinado hablase.

—Necesito a Eaton.

—Le he dicho que usted debe ser el único implicado.

—Conozco los riesgos, jefe. Y los comprendo. Pero Eaton lleva años tras los Cortés. Mi contacto va a necesitar datos que nosotros hemos perdido. Él es el único que puede proporcionarlos.

Goodward dudó.

—No me gusta, Abney. No me gusta en absoluto. Pero hablaré con él. Entiendo lo que quieres decir.

Capítulo 3

Viajar en primera clase significaba dos cosas. La primera, que el viaje sería cómodo. La segunda, menos atractiva, que el viaje se había organizado de manera apresurada. Esa ocasión no se diferenciaba de las demás. Nefilim lo citó la noche anterior y ya se las había apañado para meterlo en un avión que sobrevolaba el Atlántico.

Una azafata de radiante sonrisa blanca se acercó a él, solícita, y depositó el vaso de cristal y la botella de agua, rídiculamente pequeña, sobre su mesa.

—¿Solo va a tomar agua? ¿De verdad?

El pasajero con el que compartía fila ya le había provocado un mal presentimiento. Lo había visto haciendo cola. Llevaba un periódico doblado en cuatro, sin arrugas, perfectamente plegado. Eso solo significaba que no lo había abierto y que, con toda probabilidad, tampoco pensaba abrirlo. Los lectores reales se comportaban de otra manera con sus lecturas. Aquel comentario sobre la bebida de Max confirmaba lo que había pensado de él: si no detenía su cháchara de inmediato, el viaje se le haría dos veces más largo de lo debido.

—Sí. Es lo único que bebo.

Max procuró que su respuesta sonase seca, aunque dentro de los parámetros socialmente aceptados.

—Sabes que es un desperdicio, ¿verdad? O sea, esto es primera clase, colega. Ya has pagado todo lo que puedas beberte con el precio del billete.

Max detestaba ese tipo de actitud. Estaba seguro de que el tipo era de los que trataba mal al personal de hostelería. El típico perfil de persona que se creía mejor que otras porque disponía de una mejor situación económica.

—Vamos, colega, no seas tímido. Pide un *whisky* de los caros. O doce. Tienen la obligación de dártelos, ¿sabes?

Max, que hasta entonces mantuvo la vista fija en el asiento delantero, se giró. La disposición del avión le obligaba a darse la vuelta casi por completo. Su intención era mostrar al hombre su mejor sonrisa de perturbado. Y a juzgar por la expresión del hombrecillo, lo consiguió.

—¿Sabe usted lo que es el trastorno de la personalidad, caballero?

Habló en un tono muy bajo, casi susurrante. El otro asintió. Max creyó ver que un par de gotas de sudor resbalaban por su sien.

—Bien. Las personas con trastornos de la personalidad tienden a medicarse. Para evitar problemas. Algunos son capaces de hacerse daño a sí mismos o de hacérselo a otros. Por eso no es buena idea beber alcohol.

Técnicamente, Max no había mentido. En ningún momento dijo que estuviera enfermo o que se hubiera medicado. El generar miedo era una buena herramienta si se sabía emplear con cierta astucia.

—Lo siento, colega —contestó el hombre—. Bebe lo que quieras.

—¿Sabe qué otra cosa no es muy buena idea cuando se trata con una persona trastornada?

El hombrecillo negó con la cabeza. Se había puesto colorado de preocupación. Parecía que iba a vomitar en cualquier momento.

—Los ruidos estridentes o que se interrumpa su descanso. Ese tipo de cosas puede poner en marcha sus disparadores. Téngalo en cuenta en el futuro.

Cuando se volvió de nuevo, la misma azafata sonriente lo esperaba. Su rostro expresaba una preocupación genui-

na.

—¿Se encuentra usted bien, señor Cornell?

—Estupendamente, Wendy. —Max leyó el nombre en una placa prendida en la camisa del uniforme—. Y además muy sano. Con un poco de suerte, ese individuo no nos molestará a ninguno de los dos.

La mujer los miró a los dos de forma alternativa. Tardó un par de segundos en deducir lo que había pasado.

—De todos modos —añadió para dar mayor verosimilitud a la farsa—, no dude en llamarme si necesita atención médica o si nota que se pone nervioso.

Max sonrió con naturalidad. Estaba seguro de que aquel detalle había terminado de convencer a su compañero de vuelo de no abrir la boca ni una sola vez más. Era ese tipo de personalidades las que lo mantenían alejado de los bares. No era que Max no fuese un tipo sociable. Al contrario, sabía comportarse, tenía una conversación interesante y disfrutaba de la inteligencia ajena como el que más. Eran las actitudes mezquinas las que lo sacaban de sus casillas. Y por eso procuraba alejarse de lugares de reunión de mequetrefes. Aunque, en realidad, los bares solo eran uno de esos lugares. Casinos de alto *standing* y clubs de caballeros presentaban el mismo porcentaje de tipos impresentables, aunque disfrazados con una pátina de respetabilidad. Si por Max fuera, no frecuentaría más compañía que la de sus íntimos.

Pero no siempre podía permitirse esos lujos. Por ese motivo se encontraba en un vuelo trasatlántico de Norwegian.

La cosa había sucedido de la manera más inesperada, como siempre que Nefilim se cruzaba en su camino. Cada mucho tiempo Max salía de su casa, paseaba hasta Leicester Square y echaba un vistazo a la oferta teatral. Los musicales de mayor renombre no cambiaban a menudo. No en vano se trataba de una atracción para los turistas. Pero las salas más chicas y los locales independientes ofrecían pe-